

## EL CANTO DEL MIMO

Si cada letra de nuestro alfabeto representase un gesto, al juntarlas llenaríamos un calendario de movimientos, y una simple hoja podría estrangular a una roca. La mímica representa una mar de letras que puede hacernos entender lo más recóndito; en ella deja rastro toda una labranza sin signos; es una palabra sin sonido que lanza su cristal en un mar que no pierde nunca el nauta. Su esfera se abre a todas las fábulas; es una columna blanca que se lleva toda la ropa, y, en el fondo, plenamente capaz de remover cualquier lucha. Albert Vidal ha llegado a ser nuestro gran pez de la mímica; sabe bien en qué punto de lo oscuro nace una fuente. Las nubes se disfrazan, y el horizonte llamea; sin el cepo de las palabras recordaremos el pensamiento de los hombres de todas las épocas aventaremos las cenizas. Con la mente en la simiente, Albert Vidal clava campana y martillo. A lo sumo, puede acusársele de ser sorprendente cuando pinta de verde su crecimiento insólito adaptando al medio el anagrama de Pierrot. Fulgura la sierpe al reptar, y sus volúmenes confían en las alas. Pero no pierde nunca la muralla cuando con palabras –gestos– bien elegidos soporta lo que le rodea o cosecha sus migajas. Se acerca, se va y amontona la nieve. Todos cabemos en su escotillón resbaladizo, que nos hace entrar o desaparecer, según el instante, según el camino, según la luz a pico de la esquina.

Nuestro mimo aspira a una rosa que sonría por telepatía o al espejo soberano que refleje pensamientos y sentimientos sólo con echarle un vistazo. El sabe cómo hacer que mane agua del humo, y, en cuanto llueve, medita sobre el grito del gallo, sentado en la plaza. Con el gesto pone a las palabras al corriente de los días. La niebla nunca pesa en sus dibujos, y la simiente que lo genera enciende pensamiento y melodía llegando al silencio a partir del silencio. Pero advertid que, entre un palmo de hilo, un hierro dominante hiere sus gotas. Los colores más impensados destacan la hierba triste con raíces magnéticas y silbantes. (Al fondo de todo eso, se mueve el excelente fotógrafo Leopold Samsó.)

Señoras y señores: volverse de espaldas un día de borrasca no equivale a ocultar los árboles. El libro que tienen ustedes en las manos aspira a ser una ventana sobre tales aguas, porque, al fin y al cabo, la fruta más antigua del Teatro no pende de la palabra.

Joan Brossa

(Versión castellana de  
Pere Gimferrer)